

De todos es conocido que en pintura, la ruptura entre la representación imitativa de la realidad y la abstracción se produce cuando la línea que determina la forma y el color contenido en ella, se entienden como signos artificiales con valor intrínseco. Esto es, se origina la desvinculación entre la representación formal que enaltece lo plasmado en el lienzo, y los contenidos subjetivos que adquieren existencia propia al independizarse de los temas. Desde este momento lo reflejado en el lienzo se expresa con autonomía, posee sus propias leyes internas y queda fuera de cualquier delimitación formal. Al tiempo, esta posibilidad de vida propia que le concedemos a la pintura, no podría ser cierta sin la propia subjetivación del lenguaje pictórico. Lo que conlleva múltiples formas de expresión que se convierten, por el carácter de intemporalidad que poseen, en crípticas para una gran proporción de espectadores que se acercan a contemplarlas. Este es, sin duda, uno de los principales problemas con que se encuentra la pintura abstracta desde su nacimiento y posterior expansión mundial. El rechazo de la obra abstracta viene dada, en gran medida, porque en el lienzo no se aprecia forma alguna con parecido a la realidad natural circundante. Precio este que han tenido que pagar cualquiera de las artes visuales que nacen como mundo de pura visualidad.

La imagen entendida como limpio color en el campo expandido del lienzo, da la espalda a la naturaleza y se reafirma como antinatural y antimimética; propone sus propias interrelaciones estéticas, su propio orden, al tiempo que pretende, desde el arte, su inequívoco carácter autónomo.

Nadie que conozca el bagaje creativo de Dámaso Ruano (Tetuán 1938), verá en esta aproximación escrita de su obra una explicación final de la misma. Su producción es muy amplia —óleos, *collages*, esculturas, murales, grabados, dibujos— y difícilmente acotable en pocas páginas.

La trayectoria de Ruano como pintor comienza en los años cincuenta tras su permanencia en Madrid y regreso a Marruecos. De esta tierra norteafricana asimila el infinito paisaje: luz, colores, matices, texturas y contornos. Más tarde llega su participación en la llamada *Escuela de Tetuán*, colectivo de artistas formado por norteafricanos y europeos del que Dámaso Ruano guarda un grato recuerdo y una impronta estética que le condujo por las corrientes informalista, expresionismo abstracto, pintura matérica y abstracción. El último año de la década de los sesenta, Ruano se establece en Málaga y comienza un agitado período de creación en solitario o formando parte, hasta su autodisolución, del *Colectivo Palmo* (1978-87), con pintores tan reconocidos en la actualidad como Manuel Barbadillo, Enrique Brinkmann, Pepa Caballero, Stefan, Jorge Lindell o Pepe Seguí por citar algunos.

Manuel Vargas Montiel

Con *Palmo* o sin él, Dámaso Ruano siguió su trabajo constante y diario que hoy, totalmente reconocido, se muestra en colecciones privadas y públicas de Francia, Estados Unidos, Dinamarca, Irlanda, España, Alemania. Presente y considerada está también su obra en los espacios urbanísticos de fuera y dentro de nuestra provincia.

El acto de plasmar en el lienzo la destrucción de la forma, a la que al principio aludíamos, en las obras de Dámaso Ruano requiere haberlo originado con anterioridad en la mente; un proceso difícil de observar porque no se muestra explícito. Para ello, es necesario que obra y mirada del espectador se interrelacionen, casi se unifiquen para entender el concepto plasmado en gamas multicolores de naturaleza no representada. De esta manera se establece una nueva relación, alejada y sin identidad alguna, entre la imagen pintada y su referente en el mundo real. La pintura entonces expresa su cuerpo estético en el espacio referencial que la contiene, donde cobra especial importancia la unidad color-forma como procedimiento de composición rítmica que parece proclamar la interconexión entre sus partes. Una búsqueda, recordemos, que está reflejada también en toda la creación de Dámaso Ruano y que aparece con más rotundidad desde los años setenta hasta aquí.

La obra de Dámaso Ruano ni imita disciplinariamente alguno de los múltiples lenguajes de la pintura; por contra, crea un lenguaje personal donde los conceptos antes aludidos, quedan integrados en vez de ser transcritos con rigurosidad. Por ello, después de tantos años dedicado a la pintura, sus obras siguen presentando atractivos profundos que continúan desafiando al tiempo. En su obra se puede encontrar evocaciones a paisajes como imágenes que se desprenden de su referente visual-formal, e intentan fundamentar el propio sentido de la realidad diversa. El paisaje así tratado es una noción estética completa, un universo total, y queda definido por las múltiples manifestaciones de la luz y el color. Para Ruano el paisaje es una necesidad constante de integrarse en él.

En la obra se observa constantemente el afán por reducir a pura expresión plástica y de múltiples valores tonales, la realidad construida por la imagen. Su pintura desemboca en una afirmación del color que corre paralela a la integración de la imagen desde una perspectiva casi intuitiva, y que obedece a un esquema compositivo cuidadosamente buscado y perfectamente definido. Los elementos que conforman y definen su obra se adueñan del espacio bidimensional del lienzo, y proponen un juego de dilatadas gamas cromáticas que se disuelven en sutiles veladuras. Desde su origen, el cuadro concluye justificado por la expansión del color, al tiempo que se concreta en amplias y únicas sensaciones luminosas, de tal modo que justifica sus rasgos inequívocos de identidad. Con estas posibilidades, Dámaso Ruano penetra y aprisiona todo un dilatado campo de imágenes y de sugerencias ópticas, en el que hace caer al espectador mediante un vínculo de compromiso estético. Son imágenes que se presentan afines a la mirada, al tiempo que recuerdos de una identidad o repetición de un sueño. Proyecciones sobre el espacio de componentes intercambiables y sin dife-

rencias jerárquicas que, sin duda, nos hablan del destronamiento definitivo del ilusionismo naturalista. Un rechazo de la semejanza para adentrarnos en un mundo de espejismos, de similitudes ocultas, sujetas a nuestros cambios perceptivos como observadores, que contienen el rasgo común de sugerirnos lecturas de la obra horizontales y verticales indistintamente.

Dámaso Ruano se encierra solitario en lo que podríamos denominar campo expandido, que tiene como ley generadora la composición armónica de los colores en una progresión de veladuras que nos hacen percibir un espacio infinito. Por ello, el conjunto de sus partes produce el efecto de unidad compositiva que se acompaña de insinuaciones ópticas desparramadas, hasta límites insospechados, fuera del perímetro de la obra. Sensaciones que nublan nuestra percepción de la realidad, y producen el efecto de estar contemplando la obra en espacio diferente al que nos encontramos. Por esta subjetivación de la realidad la obra misma se convierte en virtual, al tiempo que en trama de múltiples conexiones imaginarias.

En la obra de Dámaso Ruano, observamos las indagaciones del estudioso del entorno en el acto de clarificación de las imágenes que se agolpan en la retina y en los recuerdos. Vemos al pintor buscando en su conciencia, no sólo para liberarse, sino para crear un objeto válido con el cual comunicarse. Podríamos decir que la pintura de Ruano es un desvelar continuo del mundo por medio de la materia y de sus infinitas —y en Dámaso Ruano son infinitas— posibilidades de expresión plástica. Desde hace años, se muestra como pintor seguro en su técnica, demostrando que la pintura no necesita de la anécdota para justificarse. A fuerza de indagar en la materia en busca de su singularidad, se encuentra con la materia pura. Materia con la que crea elementos de un sereno dinamismo, y depurados estéticamente de cualquier emoción hiriente para el espectador. Esos mismos elementos imponen la constante dilatación del espacio para que lo que en él se inscribe alcance toda su plenitud: el color.

Prosigue Ruano, como en décadas posteriores, el culto al color manifestado en tonalidades que se agrupan con sentido bien preciso. Este aprovechamiento de la lección abstracta (la abstracción como sabemos no es nueva), nos reconduce a magníficas expresiones coloristas de innegable factura y perdurable vitalidad. La gama de azules, verdes, amarillos combinados en fluidos volúmenes, reclaman unos límites físicos más allá del propio marco que los atrapa.

Si indagamos en la trayectoria de Dámaso Ruano observaremos que el espacio siempre ha sido una preocupación, y un desafío que nuestro pintor resuelve a partir de la contención de los elementos con la expansión de los mismos. Una constante en su obra plástica ha sido también la idea de la pintura como expresión unificadora del color y el espacio desarrollado por aquél. Ganar espacio y apresarlo en las anchas bandas multicolores de la tela; acotación que no está libre de riesgo, pero que sin duda ha de redundar en la peculiaridad de la expresión de la obra.

Es lícito afirmar que Dámaso Ruano es autor de un cuadro único, trasunto de un ensayo mil veces renovado. Porque el verdadero creador se halla en posesión de

Manuel Vargas Montiel

una imagen única, transcripción de la experiencia más íntima que, perseguida como un sueño, aparece y reaparece preclara en los trabajos sucesivos de nuestro pintor. Estos se encuentran ligados a esa imagen como compendio de todas ellas y, sin duda, a su modificado replanteamiento como base de la que parte su capacidad creativa. De ahí que el quehacer de Ruano responda a la semejanza de un cuadro único, a la fidelidad absoluta de su hacer.

La reiteración temática y técnica, es entendida por muchos como una copia de sí mismo. Todo lo contrario, lo reiterado por parte de Ruano es el planteamiento de un problema difícilmente abarcable de una vez, aunque sí progresivamente accesible. Y su técnica invariable es la confirmación de un lenguaje específicamente original, y la prueba de que el pintor se nutre de su propia experiencia. La trama multicolor de sus lienzos bañados de luz, nos quiere comunicar, con reiteración, el lugar que el artista descubrió y el cuadro único, al tiempo dispar y fiel a sí mismo.

La creación de Ruano nos resulta enigmática porque es expresada con una gran carga de misterio, precisamente porque se encuentra también oculta en cada uno de nosotros. La primera mirada a la obra de Ruano establece, sobre el ánimo del observador, una mezcla de ese misterio y de familiaridad: una luz no extraña en la conjunción de los colores pero desembarazada de las formas que crea, como si las hubiese abandonado. Hemos dicho que esa obra única transporta a la mirada del observador lo misterioso, pero no porque lo acerque a lo intrascendente, sino porque lo sitúa en el enigma de los lugares reconocidos por la memoria de los que con el pintor, se encuentran en la encrucijada enigmática del laberinto del tiempo que no posee límites en su transcurrir. La mirada de nuestro pintor ha contemplado el secreto de las cosas para acercarlas a la andadura cotidiana y revelarlas; se anticipa al enigma y lo familiariza. La obra encierra un modo de ser primigenio en la luz, que se materializa siempre en el color que personalizar el papel de protagonista, o tal vez de antagonista del mundo. En las creaciones de Dámaso Ruano no cabe la acotación definitiva, en ellas, por contra, se expresa la totalidad de lo existente: la naturaleza latente y expandida. Su creación entera se define sin referencia a otro destino que no sea el de su propia configuración, el de su misma corporeidad: la pintura como pintura y las formas que a ella se aúnan, en su expresión primigenia. Con ello Ruano quiere hacernos presente la naturaleza como el mayor de los misterios, pero de dónde y hacia qué lugar. Delante de la pregunta no hay clave referencial, y tras ella tampoco se vislumbran señales orientadoras.

Dámaso Ruano parece haber captado, como pocos, lo que llamaríamos el paisaje en expansión como oscilación continuada hacia el infinito, al tiempo que inquietante y poco propicio para el habitar del hombre.

Y si el observador agudiza su mirada nuevamente hacia el volumen creciente de las bandas cromáticas, observará que adquieren tal fuerza e ingravidez que llegan a convertir la base donde se instalan en esperanza de lo secreto. No hay, como se observará ante este nuevo acercamiento a la obra, asomo de destrucción, ni ruptura, ni

hostilidad. Todo se muestra con tenue acento, misteriosamente velado y acertadamente medido. Viene entonces a nuestra mente el recuerdo de la luz desvaneciéndose por el horizonte que oscila en sosegadas curvas, como estremeciéndose tímidamente. Y esa luz, flamenante, sigue impresionando, sobre las demás cosas, nuestra retina. Es una luz que no quema, que advierte de las estancias que se encuentran próximas a lo extraño, y donde el habitar es inquietante. Al tiempo, sutiles alteraciones de color confunden la mirada para dificultar el reconocimiento de nuestras propias sensaciones.

Pero el color nacido de la luz, la luz misma, es una verdad absoluta porque su visión cambia nuestro concepto de las cosas: no hay paisajes, ni objetos; luz sólo luz; color y nada más. En las obras de Ruano se encuentra el repertorio definitivo de la luz, la atardecida y la evanescente.

La obra también se nos muestra bañada de color crepuscular que contiene, como se dijo, lo familiar y lo enigmático. Tal metamorfosis opera ante nuestra mirada, y con ella pretendemos adivinar en cada expresión de color la configuración de una realidad, el perfil de una arquitectura.

Dámaso Ruano libra cada día en su estudio una batalla: se le hace necesario huir del acto aparental, de la referencia a cualquier imagen cotidiana, y para ello desnuda el camino cuantas veces haga falta hasta lograr ese clima neutro donde la imagen familiar se encuentre huérfana de su origen. Su meditación pictórica exige un trabajo de destilación, de renunciaciones. En esta lucha cotidiana hacia la luz hecha materia en el color que se expande continuamente, es donde Dámaso Ruano establece su habitar cotidiano y donde sus obras se empapan de su peculiar análisis del mundo. Es en esta región estratégicamente acotada, donde nuestro pintor se convierte en diseccionador de la realidad y se ha hecho su obra senda interminable, trama de la creación artística. Incesante renovación que nos orienta, da sentido en su propio contenido, en su propio contexto, a la aventura humana. La pasiva realidad de lo cotidiano queda reemplazada por la continuidad irreductible de un mundo inacabado. No trata de explicar nuestro entorno, más bien de recrearlo con suficiente fuerza como para inspirarnos la necesidad de buscar los paraísos perdidos. Es en este compromiso de crear el camino hacia la luz, donde las obras de Ruano se llenan de fuerza evocadora que las distancia de cualquier otra realidad manifestada.

Fue la sensación inmediata de luz y color en nuestra mente, de trasunto interminable, de génesis sin fin, lo que nos indujo a nombrar las obras de Ruano con el apelativo de campo expandido, a un palmo entre la nebulosa del sueño que se disgrega y la corporeidad definitiva. El día a día recogido, recompuesto y ordenado por nuestro pintor a la luz, se muestra como fin que jamás concluye. Sólo por esto, cabría afirmar que su acción creadora es la acomodación de la realidad efímera a una concepción sin fronteras. La obra de Ruano es génesis sin término, perpetuo transitar, donde el embrionario principio organizador, por minúsculo que sea, requiere de otros principios concatenados, simultáneos, al tiempo que aproximaciones y conquistas a

Manuel Vargas Montiel

la luz de una única obra en curso: imagen rotunda de la experiencia y de la subjetividad, donde lo inmediato y lo inacabado no forman más que un solo mundo.

Hace tiempo que Ruano despertó la luz y, antes que abrasarse en ella, supo edificar su morada, recomponer lo vivido y lo sentido, amasar la apariencia y lo desconocido para teminar por crear estos enigmáticos paisajes que se dejan contemplar.

Fue esa acción germinal la que concede a Ruano la condición de poeta de la pintura y le designa para contar al hombre el enigma de las cosas desde el cuadro único, fiel así mismo e inacabable.

No es de extrañar que prefiera el sol y color de su estudio, de su memoria, para provocar su sensibilidad creadora. Cuando Dámaso Ruano trabaja en su estudio se convierte en exiliado porque se obliga a soñar para acercarse a ese mundo que existió físicamente, y del que ahora dispone solo en mente. Por ello las referencias de sentido permanecen abiertas, pero sólo pueden ser reveladas si pintor y observador están dispuestos a darles un valor.

La obra de Ruano, por la que corren saludables vientos, reconforta por su plenitud y fuerza. A ello hay que sumarle la unidad que se percibe en su evolución sin incurrir en redundancias vacuas. Fiel a sus convicciones estéticas, es siempre el artista lleno de impulso y curiosidad. Ruano es, al tiempo, tradicional y revolucionario, absoluto y múltiple, íntimo y monumental. Y ante todo, hoy nos sigue asombrando con su virtuosismo y audacia.

En Ruano el tiempo se ha vuelto a morder la cola y da la razón a los que no se dejaron llevar por modas. En palabras de Oscar Wilde: *Nada tan peligroso como ser demasiado moderno; se corre el riesgo de quedarse súbitamente anticuado.*

En su obras limpias de toda adhesión narrativa y anecdótica, no hay nada que no sea pintura. Todo queda reducido a pintar pintura. Por esto, la naturaleza en Ruano supone un principio de acción, de equilibrio de amplias superficies cromáticas, y no la visión mediatizada que de aquélla tenemos. Su mundo pictórico tiene la resonancia de mágica realidad vivida.

La pintura de Ruano es también un acto de rebeldía en la que el pintor se ve inmerso. (No nos extraña por tanto, que Ruano inicie cada día su trabajo como si no supiese pintar un Ruano). Una rebelión que se dirige contra la semántica, contra la lógica de los significados, una lucha contra lo que pretendemos aquí: definirla. Unas realizaciones que, como las demás, nos fuerzan a detenernos ante ellas, nos retan a decir en qué consiste su naturaleza emblemática. Son como esas grandes superficies de prolongado horizonte que producen la impresión de un orden inalterable. Son obras en las que nos conmueve la siempre presente enigmática que en ellas se combina y desprende. Rastros de una experiencia cuyo testimonio superó al tiempo; fragmentos rememorados de lo vivido que pasan de repente a la conciencia. Es la obra como continuidad admirable, una poética del espacio y de la luz, una superioridad de la forma que confiere a ésta un carácter único dentro de la producción contemporánea.

La creación de Ruano se orienta apremiante hacia la conservación de su identidad y de la propia realidad de la obra de arte, hacia la práctica del oficio. Esta insistencia no impone al pintor su transmutación en artesano, ni tampoco de la obra un proceso mecánico de fabricación. Por contra, exige una satisfacción más profunda: la fascinación al contemplar lo bello.

Podemos afirmar que la obra así creada refleja sus tendencias más profundas, jamás expresa su significado. Esta obra única estaría haciéndose en progresión continuada, conformándose en su propia realidad como objeto que existe por sí, y en diálogo constante con el observador.

La reiteración de sus imágenes, como se dijo, es acto continuo de creación que se completa a medida que avanza. Precisamente por esto, no hay retrocesos ni nomadismo del que participan otros para adecuarse a los cambios del gusto, a las modas estéticas, al mercado.

Una obra la de Dámaso Ruano, que se convierte en su propia referencia, en original. No es reproducción, sin reiteración donde la obra queda justificada como conjunto totalizador. Sus obras son siempre semejantes, al tiempo que nuevas y diferentes como el instante de tiempo pasado lo es al que está por llegar. Esa obra única, compendio de todas las demás, suscita profunda emoción e igualmente niega la angustia del mundo desequilibrado.

En ella queda encerrada la génesis del espacio y del tiempo, fruto de la facultad de un hombre que vive y actúa en el mundo, que domina la existencia y la condiciona a la voluntad del arte. Desde este momento, la obra se convierte en objeto construido y hecho belleza equilibrada, fruto de la práctica donde estructura y apariencia no se cubren de aderezos artísticos. A la vista quedan esas magníficas bandas de color donde la luz inscribe el orden y, entre la opacidad y la transparencia de los materiales, animan a construir ese enigmático monumento que es la obra por sí. Visto así, y en lo que es, no hay comentario posible sino aquél que parte de la metáfora. El acento reincide una vez más en el oficio de pintor, en la materia de la pintura, cuyo proceder está intrínsecamente relacionado con la existencia.

Su obra, su maestría, no soporta las recetas de taller por las que todavía existen entusiasmos en pintores ensimismados en la nostalgia de las manualidades. La obra de Ruano nace de la fusión del color, que se desliza por el soporte en amplios y admirables barridos sutilmente expandidos en progresión horizontal y/o vertical. Se convierten, entonces, en objetos reales en el espacio real, en estelas proyectadas ante nuestros ojos para exigirnos observarlas. Esa obra nos envuelve en el espacio y en la luz, nos invita a celebrar su alegría contenida.

La firmación que hicimos sobre la obra única, se hace más evidente en sus últimas realizaciones donde se observa un respeto a la superficie impecablemente articulada en bandas. Los monolitos pintados, la introducción de materia de desecho como madera o papel, o la impresión colorista en forma de manchas aleatorias o de retículas organizan la superficie, nos transmite su vigor rotundo y firme sobre un

Manuel Vargas Montiel

fondo aterciopelado y multicolor. Entonces una vez más, la luz atraviesa con crecida intensidad la materia que tiende a escaparse del interior de las superficies para conjuntar tensiones y limar asperezas. Es siempre una progresión persistente del color, para la que no existen límites a la hora de medir su extensión, la que origina que su obra se unifique facilitando caminos a otros espacios, al encuentro de otros logros, planteando otros problemas.

La obra total de Dámaso Ruano, como auténtica obra de arte, es primordial. Ningún comentario puede definirla, constreñirla a una explicación o a un momento. Existe por sí.